

LXXIV

—¿Estás mal? ¿Te ha dolido también esta noche?—dijo Juan entrando en el dormitorio de su hermano.

—No...—murmuró Nelo despertándose;—no... pero me parece que tuve un calenturón como un caballo... y soñé disparates.

Y Nelo refirió á su hermano la visión que habia tenido.

—Figúrate... figúrate que yo estaba sentado cabalmente en la localidad—¿te acuerdas?—donde estuve la primer noche que llegamos á París... á la izquierda—¿no sabes?—abajo y pegadito á la salida... ¿Ver-

dad que es raro? Pues lo que sigue es más particular todavía... Cuando toda aquella cáfila de gente se retiraba al interior del Circo, me iban mirando á la cara, y sus fisonomías borrosas tenían así como una expresión seria; la expresión que toman en sueños los que quieren hacernos daño, matarnos... No, escucha otro poquito más... Aquellas fachas ridículas, al pasar á mi lado, me enseñaban muy de prisa—no duraría un segundo—una especie de cartel... Yo quería verlo... y no me daban tiempo á enterarme...; pero ahora sí que lo distingo... Un cartel en que estaba yo vestido de payaso... con las muletas que me encargaste ayer.

Paróse Nelo de repente, interrumpiendo la narración, y su hermano permaneció un minuto, minuto largo y triste, sin que le ocurriese contestar palabra.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LXXV

—Pero, y á usted... ¿no le ha dado á usted qué pensar la aparición del tonel de madera en vez del de lienzo? Un tonel de madera que no existía en el Circo, y que apareció allí como llovido del cielo; por ensalmo.

Era el director del Circo, que, habiendo venido á saber de Nelo, hablaba á solas con Juan en el umbral de la casa de las Ternas.

—¡Tonel de madera! ¡Calle! Sí tal—dijo Juan como si escudriñase el fondo de su memoria.—Sí tal... Ya no me acordaba del tonel maldito desde que me ha caído sobre la cabeza esta desgracia... tan atroz. Espere

usted, espere usted... En efecto, ¿por qué estaría allí esa mujer, ella que nunca asistía á la función cuando no la tocaba trabajar? Y de pie sobre un banco en el pasillo de entrada... Parece que la estoy viendo cuando lo atravesé con mi hermano acuestas... Tenía la actitud del que acecha... Y luego, otro cabo: en el último momento, aquel hombre desconocido que decía traer una carta para mí, y á quien no encontré por ninguna parte.

—Veo que también usted sospecha de la Tompkins, igual que Tiffany, y que yo, y que todos. Y su hermano de usted, ¿qué dice?

—¡Mi hermano! ¡Pobrecillo! Fué para él una cosa tan pronta, que no se acuerda sino de la caída... Ni sabe si tropezó con un tonel de madera ó con otra cosa. El muchacho piensa que le salió mal el ejercicio como puede salir mal un ejercicio cualquiera, y punto concluído. Ya usted comprende que no he de ser yo quien vaya á enterarle...

—Parece probable...—continuaba el director del Circo, sin atender á Juan y siguiendo el hilo de sus ideas.—Es casi seguro... tanto más, cuanto que al bruto que co-

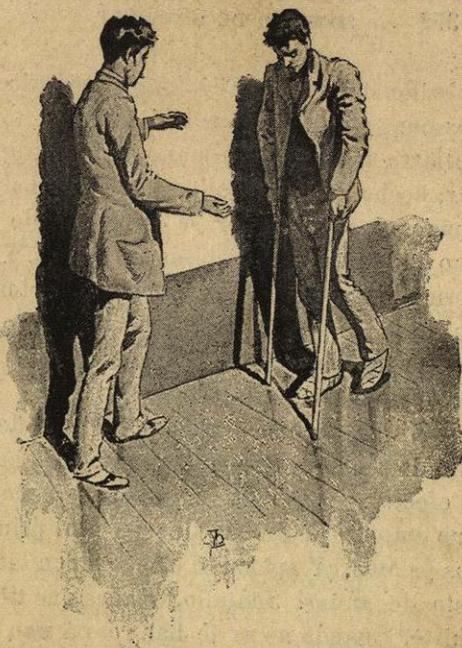
locó el tonel, y no hemos podido averiguar si estaba borracho de veras ó lo fingía, lo habíamos admitido en las cuadras por recomendación de la Tompkins... He intentado confesarlo... ¡qué si quieres! Se dejó despedir sin chistar... pero con una expresión tan siniestra en aquella jeta de idiota.. ¡Ah! Lo que es la norte-americana es bien capaz de haberse gastado un dineral para armar esta celada... En suma, amigo mío, se hizo lo que se pudo; he abierto información... ¿Sabía usted que ella se largó de París al día siguiente?

—Dejemos á ese animal dañino... Si ella tuvo la culpa de la desgracia, todo cuanto usted la persiga no le ha de restituir á mi hermano sus pobres piernas — pronunció Juan, con uno de esos ademanes de quebranto profundo en que la desesperación no deja lugar al odio.



LXXVI

Los agudos dolores de los miembros fracturados ya empezaban á convertirse para Nelo en vagos escozores, sensación enervante del laborioso cosquilleo de la última soldadura del hueso. El hermano menor recobraba el apetito, dormía á su sabor, y, con la salud, tornaba á su organismo la alegría, la alegría sosegada y profundamente penetrada de felicidad de la convalecencia. El cirujano quitó las tablillas. rodeó la pierna derecha de un vendaje dextrinado, y fijó al encamado un día para levantarse y probar á andar con muletas por la habitación.



LXXVII

Al llegar el suspirado día en que Nelo había de salir de su quietud y de la posición horizontal que conservaba hacia dos meses, notaba Juan que sus habitaciones eran muy chiquitas, que fuera hacia un sol espléndido, y proponía al convaleciente que intentase el primer ensayo de locomoción en el

pabellón de música. Fué Juan á barrerlo en persona, y quitó toda mota de hierba, todo guijarro en que su hermano pudiese tropezar; hecho lo cual, condujo á Nelo al sitio donde el año anterior se habían dado el uno al otro tan deliciosas serenatas. Y el hermano menor rompió á andar, con el mayor al lado, siguiéndole paso á paso, pronto á sostenerle en sus brazos si los pies de Nelo flaqueasen ó se torciesen.

—Mirándolo bien—exclamó Nelo desde lo alto de sus muletas—es cosa rara. Me hace el efecto de que soy un niño pequeño, y que empiezo á andar; sí, señor, los primeros pasitos. ¡Y apenas si ofrece dificultades esto de andar! Juanillo, ¿sabes que tiene chiste? Cuando no se le han roto á uno las piernas ninguna vez, parece lo más natural del mundo dar un paso hacia adelante. ¿Y piensas tú que se manejan fácilmente estos chismes? ¡Pues ya! Más fácil me era antes andar en zancos, mucho más... ¡Vaya, que si alguien me estuviese mirando, me estorbaría en grande!... ¡Qué figura tan célebre debo de hacer!... ¡Ay... ay... demontre... demontre... si parece que se hunde la tierra! Espera, espera, que ya se arregló el asun-

to... ¡Lo dicho; son de algodón en rama estas pobres patitas!

Doloroso era, en verdad, presenciar el esfuerzo y la dificultad de un cuerpo tan juvenil para sostenerse en equilibrio sobre los inhábiles pies, y las timideces y vacilaciones y temorcillos que le acongojaban en la acción ritmada y penosa de echar un pie tras otro, ó mejor dicho de dar un paso, adelantando siempre el pie de la pierna más enferma.

Nelo se empeñaba, no obstante, en seguir andando; sus pies, á despecho de la falta de aplomo, iban recobrando la costumbre de servir para algo, y tan leve triunfo alegraba los ojos del herido y traía la risa á su boca.

—¡Acúdeme, Juanillo, que me caigo!—exclamaba en broma, de improviso.

Y cuando el mayor, asustado, le rodeaba el cuerpo con sus brazos y acercaba la mejilla á su boca, Nelo se la besaba mordiscándola, como un cachorrillo.

Pasóse la tarde alegremente, entreteniéndola y animándola la graciosa charla de Nelo, que decía que antes de una quincena iría á tirar al Sena sus muletas, desde el puente de Neuilly.



LXXVIII

Seis ó siete sesiones por el estilo corrieron en el pabellón de música, llenas con la dicha presente y la confianza en el porvenir. Pero al cabo de una semana, Nelo observó que no andaba mejor que el primer día. Y transcurrieron quince más, sin que tuviese conciencia de haber adquirido mayor seguridad y fuerza. A veces intentaba prescindir de las muletas, y al punto se apoderaba de él un terror, un susto indefinible y semejante al extravío, como el que se pinta en el rostro de los niños pequeños que van hacia unos brazos extendidos, y de repente

se paran sin atreverse á adelantar, y próximos á romper en llanto: un miedo que le obligaba, aún no bien soltaba las muletas, á asirlas de nuevo con ávida mano de hombre que, al estar ahogándose, logra alcanzar un tronco.

A medida que se deslizaba el mes en que había principiado á andar, los cotidianos ensayos de Nelo se volvían más graves, silenciosos y tristes.



LXXIX

Terminaba la comidita de los dos hermanos, cuando el menor dijo al mayor:

—Juanillo, antes de acabarse la temporada en los Campos Eliseos, yo quisiera ir al Circo una vez.

Meditó Juan en la hiel que tragaría su hermano en semejante noche, y respondióle:

—Bueno, cuando gustes... Pero aguardaremos unos días.

—No, hoy mismo, quiero ir hoy mismo; hoy, sin falta —replicó Nelo con acento que subyugaba, el acento con que otras ve-

ces solía persuadir á su indeciso hermano á hacer cuanto se le antojase.

—Corriente,—pronunció Juan con tono resignado:—voy á decir á la casa de vacas que nos traigan un cochecillo.

Ayudó á su hermano á vestirse, y al presentarle sus muletas, no pudo menos de indicar:

—Hoy te has cansado bastante; mejor sería esperar á otro día cualquiera.

Con sus labios entre risueños y halagadores, hizo Nelo el mohín de un chiquillo caprichoso que implora no ser regañado.

En el carruaje fué alegre, hablador y lleno de ocurrencias divertidas, entreveradas con otras amables é irónicas.

Llegaron al Circo. Juan tomó en brazos á su hermano, le ayudó á bajar, y cuando le vió montado en sus muletas, y ambos iban á cruzar la puerta, dijo Nelo:

—Aguarda.

Y se puso serio de pronto, al ver el edificio con sus rosetones que derramaban luz, y oír las sonoras bocanadas de música que de él salían.

—Aún no. Hay aquí sillas. Sentémonos. Era un día de fines de Octubre, en que

había llovido desde el amanecer, y al acabarse no se sabía de cierto si no llovería mucho más; de esos días otoñales de París en que su cielo, su suelo, sus paredes, se-
mejaban derretirse en agua, y en que, de noche, los reflejos del gas sobre la acera parecen una llama que pasa sobre un río. En la avenida desierta, donde dos ó tres siluetas negras se sumergían en las lejanías acuosas, hojas enlodadas, levantadas por las ráfagas de viento, corrían hasta los dos hermanos, y en torno de sus pies, las redondas sombras del asiento de innumerables sillas de hierro proyectaban sobre el mojado suelo la apariencia de una de esas temerosas legiones de cangrejos que escalan el margen de una página en un álbum japonés.

De repente, sonó dentro del Circo el estruendo de los aplausos, de esos aplausos populares que retumban como si un rimero de platos rotos se despeñase desde la bóveda á los asientos de primera fila.

Nelo se estremeció, y su hermano vió que fijaba los ojos en las muletas puestas á su lado.

—¡Está lloviendo!—exclamó Juan.

—No,—respondió Nelo como hablando ó pensando alto consigo mismo, y sin atender á lo que le decían.

—¿Entramos ó no, hermanillo?—preguntó Juan, transcurridos unos minutos.

—Se me ha pasado la gana... Me daría vergüenza verme al lado de los demás... Busca un simón, anda... y á casita.

Al regresar, no consiguió Juan sacarle otra palabra del cuerpo.



LXXX

Comenzó el hermano menor á pasar los días completamente abatido, negándose á dar un paso, y echando las veinticuatro horas tumbado sobre la cama, diciendo que no estaba de humor para otra cosa.

Llevóle Juan á ver al cirujano que le habia asistido. Éste aseguró nuevamente que Nelo llegaría á andar sin muletas, pronto, en día no lejano. Pero al mismo tiempo pronunció palabras vagas, hizo preguntas en tono receloso, tuvo uno de esos soliloquios en que los hombres de ciencia hablan consigo mismos, y soltó frases en que se trata-

ba de la solidificación de la articulación tibio-tarsiana, de lo difícil que sería en lo sucesivo la flexión de la pierna derecha sobre el pie. Y Nelo volvió á las Ternas con la inquietud de no poder saltar nunca más, ni realizar los ejercicios que piden flexibilidad, manejo ágil de la parte inferior de la pierna.



LXXXI

Lentamente, y sin que se cruzase entre los dos palabra alusiva al caso, ambos hermanos sentían insinuarse en su mente la idea desconsoladora de que la labor y el objeto de su vida, la asociación en que mancomunaban el cariño y la destreza de sus cuerpos, tocaba á su fin. Y este pensamiento, que empezó por ser relámpago que cruza un cerebro, la medrosa aprensión que dura un segundo, la duda, siniestra y fugaz, rechazada instantáneamente por las fuerzas amantes y esperanzadas del recíproco afecto, iba ya consolidándose, creciendo en el fondo

del alma, y con el curso de los días, no mejorando la situación, volvíase convicción firme y decidida. En el espíritu de ambos hermanos se urdía la misma negra trama que en torno del lecho de un enfermo de enfermedad mortal. Al principio no la juzgaron tal ni el paciente ni el enfermero; pero los sustos de cada semana, lo que está escrito en el rostro de los amigos, lo que dejan traslucir las reticencias de los médicos, lo que acude á la memoria meditando en horas sombrías y rumiando durante el insomnio; todo lo que alarma, todo lo que disipa la ignorancia, todo lo que en la silenciosa cámara susurra: «¡Muerte, muerte!» todo, todo en fin, va transformando poco á poco, mediante lenta serie de crueles adquisiciones y sugerencias que abaten el alma, la vaga y pasajera inquietud del primer instante, en certidumbre absoluta de que el uno va á expirar y el otro á presentarlo.



LXXXII

Yacía Nelo tendido sobre la cama, muy estirado, con una manta oscura sobre las rígidas piernas, y no contestaba á lo que le decía su hermano, sentado allí cerquita.

—Eres muy muchacho, estás empezando á vivir...—murmuraba Juan.—Te repondrás, criatura... Todo será pasarse un año ó dos sin ejercer... Nos armaremos de paciencia... Así y todo, tenemos por delante una ración regular de años de trabajo...

Nelo seguía mudo.

La noche, que blandamente iba apoderándose del moribundo día, borraba y confundía objetos y muebles del cuarto de los